

Un real al mes.

En Madrid para las suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos cañales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

DE POTENCIA A POTENCIA

Presentacion á Clemente VI de Miguel Angel Buonarroti.

¡Qué otro hombre como Miguel Angel! qué alma de hierro, qué aspereza, y sin embargo genio! considerable; es fuerte, imponente su figura y su mirada sagaz y penetrante; desprecia á los hombres y á las mugeres, porque apenas en toda su vida conoció una que le llamara: *su querido*. Ha experimentado las agitaciones del mundo, ha luchado con ellas, ha comido el manjar de la emigración, y populares sediciones conmovieron por dos veces el suelo de su patria: en el pecho de este artista todo era combate; en sus cuadros se retratan las tempestades de su alma. Las figuras de Buonarroti asustan y estremecen, es su espresion de una belleza horrible y era aficionado á presentarlas encierto estado de contraccion, para que mejor resaltase la maestria y originalidad del dibujo.

El dolor físico, la desesperacion y el enagenamiento eran sus estudios favoritos. Seguidle á Florencia durante sus primeros estudios, cuando el podestá de Capres, su noble padre, le perseguia por la irresistible vocacion que le impulsaba á el arte; seguidle cuando niño, seguid al arquitecto futuro de la maravilla de las maravillas, de la cúpula sublime de San Pedro, y le véreis desdenando las fiestas y las jóvenes florentinas, los placeres de su edad, y encerrarse noches enteras en un anfiteatro para estudiar la ciencia inluida de la miología.

Por el dia recorria las ruinas, las galerias y los jardines para estudiar las antigüedades y la naturaleza; de noche entre cadáveres se entrega con pasion á su lúgubre examen, al que las sombras que no alcanzan á iluminar los hachones, y el silencio de aquella mansion, contribuian á darle mas espantosa solemnidad.

Cuan dichoso era entonces, cuando dueño de manejar su escarpelo, desgarrando carnes aun palpitantes, y de entregarse al examen minucioso de los musculos, las venas, las mas insignificantes fibras y los mas imperceptibles contornos! porque no hay en el cuerpo humano ni una sola linea que mas tarde no dibujara.

Seguramente que un hombre de tal temple y de tan elevado genio, no adularia mas á un papa que á otro hombre cualquiera; pero dejando aparte todo ridiculo orgullo, él habia adquirido el convencimiento de su genio, y este convencimiento le granjeó cien veces la cólera de sus protectores.

Un dia que desdeñado un instante el artista por las intrigas del Bramante, tío de Rafael, fué al Vaticano y supo que habia el papa dado orden de que no lo permitiesen entrar en su gabinete, dijo friamente al gentil hombre:

—*Muy bien! cuando el papa us envie á buscar me le diréis que no estoy en casa.*

Aquel mismo dia por la tarde salió de Roma para Florencia.

Cuando Julio II lo supo, despachó cinco correos con cartas y órdenes las mas terminantes; estos le hallaron en el camino, pero Miguel Angel insistió en su determinacion de seguir y nada fué bastante á reparar su ultrajada fiera.

Así es como los hombres deben comprender y hacer entender la dignidad de su arte.

Furioso entonces el papa dirigió al senado de Florencia tres breves amenazadores y fulminantes para que se le hiciese regresar á Roma; pero á las invitaciones del senado contestó Miguel Angel que antes iria á Constantinopla, donde le llamaba el sultan para la construccion de un puente que comunicara desde esta villa con el arrabal de Pera.

Entonces el papa amenazó con que si no le restituian al artista declararia la guerra á Florencia; y á intimidado el senado fué en corporacion á buscar al artista, y á fuerza de ruegos mas que de amenazas, le hizo aceptar una mision diplomática en Bolonia á donde espresamente su santidad habia acudido.

El *confalonier* (1) Soderini, fué el encargado de presentar á Julio II su ángel rebelde.

—*En vez de salir á nuestro encuentro*, esclamo al verle, *habeis esperado á que nosotros vengamos á buscaros*. En efecto, aquel sitio mas proximo está de Florencia que de Roma.

No tardó mucho Miguel Angel en conquistarse nuevamente el aprecio del papa, pero con sus intrigas el Bramante, siempre encaminadas á perderle, decidió á Julio II á que le confiara las pinturas de la capilla Sixtina, esperanzado en que él

(1) El que lleva los estandartes en las procesiones.

escultor naufragaría ante tan formidable empresa.

En efecto, Miguel Angel que se consideraba mejor escultor que pintor, aceptó temblando este encargo; pero apesar de sus escusas, una órd en terminante le puso en el caso de emprenderla.

Exigió el artista le dejaran solo en la capilla sin mas compañía que un discípulo que le movía los colores, y encerrado, por decirlo así, dentro de su misma inspiración, ejecutó aquellas grandes figuras, que aun son hoy día la admiración de los modernos dibujantes.

Los grandes señores de Italia, los cardenales y todo lo mas distinguido intentaron mas de una vez penetrar en la capilla misteriosa, pero siempre el pintor se opuso, y el papa mismo no pudo haberlo sin que emplearan una noche entera en desatar los andamios.

La obra estaba casi terminada, y el aspecto de aquellos frescos, mirados improvisadamente, produjeron la mas grande admiración entre los artistas de aquella época.

Propusieron á Julio II hiciera terminar la otra media de mano del jóven Rafael, con objeto de que se hallaran frente una de otra las obras de los dos rivales; pero el papa no accedió á este deseo, é hizo que mas tarde el fogoso florentino de regreso de su pueblo, adonde habia acudido para contribuir á sostener un sitio que duró un año contra los Médicis, terminase su obra tan admirablemente comenzada. Por este tiempo murió Julio II; Clemente VII le reemplazó en la silla pontificia.

Algun tiempo despues, una insurrección popular, arrojó de Florencia á los Médicis, y encargaron á Miguel Angel que se encontraba allí, la construcción de las fortificaciones de la ciudad, y tan hábilmente las dispuso, y sus medios de defensa eran tan nuevos é imprevistos que casi sin material y sin tropas defendió á su patria del ímpetu de las fuerzas pontificales. Solo despues de un larguísimo y penoso sitio capituló, la con razon famosa ciudad, y los Médicis se posesionaron de ella.

Desde entonces Clemente VII no alimentó otro deseo mas vivo que el de inquirir el paradero del terco republicano, el feroz Buonarroti, oculto en el campanario de la Iglesia de San Nicolás; pero presentándose al papa de la misma manera que á su antecesor, obtuvo el artista inulto, aunque sin ímpetrarlo.

Nuevos é inmensos trabajos le fueron confiados; acabó la tumba de los Médicis, la de Julio II, y terminó la mas larga, gloriosa é intachable de las carreras humanas, por la concepción atrevida de la magestuosa cúpula que impone al viajero; ¡tan pequeño se encuentra al considerar aquella grandísima y elevada bóveda, digna casi de Dios!

Murió Miguel Angel el 17 de febrero de 1564 á la edad de noventa años. Destinóle el papa un lugar entre las sepulturas de la basílica de San Pedro; pero Florencia, su patria, reclamó sus despojos y el gran duque le hizo exhumar secretamen-

te y conducir á sus dominios, donde fué colocado al lado de la familia ducal, en la iglesia de San Lorenzo.

Nunca á rey ni príncips alguno se le han hecho mas grandiosos funerales, y bien merecido; porque ¿no es la realeza del génio, la mas bella de las realezas?

CROMWEL

DISOLVIENDO EL PARLAMENTO.

Es sin contradicción uno de los actos mas importantes de la vida de este hombre extraordinario, la disolución violenta del parlamento despues de la batalla de Worcester, porque fué el preludio de la tiranía que habia de ejercer sobre la desventurada Inglaterra bajo el título de *lord Protector*. Este acto de brutal arbitrariedad cometido con lo mas sagrado de un pueblo, con su representación nacional, está descrito en las memorias de un célebre escritor, de una manera tan animada é interesante, que creemos no desagradara á nuestros lectores la relación de aquella dramática escena.

Conociendo el parlamento que cada dia se aumentaban el orgullo y las ambiciosas pretensiones de Cromwel pensaba en establecer una república gobernada por los verdaderos representantes del pueblo. Asi que esto llegó á oídos de Cromwel vino precipitadamente al parlamento, en el que tomó asiento y escuchó la discusión con la mayor calma durante algun espacio de tiempo; pero despues llamó aparte al mayor-general Harrison y le dijo «que le parecia habia madurado ya la determinación de disolver el parlamento.» Á lo que respondió el general; «Que creia era una grande y peligrosa determinación, y que debia pensarlo bien antes de empeñarse en tan aventurada empresa.—«Teneis razon, contestó Cromwel, y guardó de nuevo silencio por algunos minutos, mas no tardó en esclamar otra vez: «Esta es la ocasión, á ello!» Entonces se levantó bruscamente é interrumpiendo al orador que tenia la palabra, pronunció un discurso vehementísimo en el que inculcó al parlamento con las mas odiosas reconvenções, acusándole de comprometer á cada paso la tranquilidad del país, de proteger unicamente los intereses de los presbiterianos y de los jurisconsultos, y terminó diciendo que el Señor habia acabado con ellos y que habia escogido otros instrumentos mas dignos de su obra.

Cromwel pronunció aquel discurso con el calor y la turbación de un hombre frenético, delirante.

Sir Peter Wentworth se levantó de su asiento para contestarle, y dijo que era la primera vez que

oía hablar en la cámara de una manera tan inconveniente y descompuesta, y que lo que en ello habla de mas horrible, era que semejante discurso lo proferieran los labios de un súbdito del parlamento, y de un súbdito al que se habia concedido todo género de favores y confianzas. De esta manera se proponia el orador continuar su discurso, cuando Cromwel dirigiéndose á la mesa exclamó en alta voz. «Yo sabré acabar de una vez con tanta charlatanería, y después de dar dos ó tres paseos por el salon, dió una patada en el suelo y exclamó poseído de cólera. «Aquí ya no hay parlamento, os digo que no sois parlamento, yo pondré término á vuestras sesiones: que entren.» Pronunciadas estas palabras el conserje del parlamento, abrió las puertas, y penetró en el salon el teniente coronel Worsley á la cabeza de dos filas de mosqueteros. Sir Enrique Vane sin poder contenerse exclamó: «Esto es una infamia, es una bárbara violación, una deslealtad.» Pero Cromwel le apostrofó diciendo: Sir Enrique Vane, el Señor os tenga de su mano! En seguida comenzó á injuriar á todos los miembros del parlamento prodigándoles los epítetos mas groseros; después se apoderó violentamente de la maza de armas, depositada en la mesa mientras el parlamento celebraba sus sesiones. «Qué haremos de este chisme? dijo; que se lo lleven.» Todo estaba en la mas grande confusion.

descendería de allí sino á la fuerza. Pues bien! yo os dare la mano, dijo Harrison, y lo hizo desalojar. Mientras, Cromwel decia á algunos miembros que eran sus enemigos declarados: «Vosotros sois los que me habeis puesto en el caso de obrar así, mil veces he pedido al Señor noche y dia que me quitase la vida, antes de verme en la precision de empeñarme en semejante trance.» Quiso el alderman Allen tentar un medio conciliatorio, proclamando que aun podia arrojarse todo, que se mandase salir á los soldados; que se restituyese á su lugar la maza, y que aun podria anudarse el hilo de la discusion de los negocios públicos. Cromwel no hizo caso de este parecer porque estaba arrojado el guante y no era ocasion de retroceder; pero como el alderman habia sido tambien tesoroero del ejército, le contestó acusándole de haber malversado algunos centenares de miles de libras esterlinas, y en los trasportes de su cólera, mandó á sus mosqueteros que lo prendiesen. Después ordenó á los soldados que despejasen el salon, se apoderó de todos los documentos y papeles que encontró á la mano, mandó que cerrasen todas las puertas, y recogidas las llaves se retiró con ellas á Wite-Hall.

LA BATALLA DE ALARCOS.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA DEL SIGLO XII.

I.

Los dulces cantos de un trovador resonaban al pie de la pardusea y elevada torre, de la tierra Eladía, reclinada en una almena recordaba tristemente la ausencia del bizarro y apuesto paladin á quien diera su primer amor. Los tristes sonidos que despedia el armónico instrumento, semejantes á los arrullos de la tortolilla viuda, mostraban que lo que el mozo trobaba, era algun trágico suceso; tal vez la historia de dos amantes desventurados, tal vez la muerte de algun héroe. El astro de la noche ostentaba su plateado disco en lo alto del firmamento, y sus pálidos rayos reflejaron un instante en la negra y esparcida cabellera de la doncella. Sumergida esta en amorosas meditaciones, apenas oyó la trova que entonaba el mercenario cantor, cuando un nombre demasiado querido... el de *Fernando*, vino volando á sus oídos y prestó atención á los cantos del arpista.

II.

«Llorad, hijas de Cantabria! Llorad!!! Cubrid vuestras delicadas formas con negros centales. Tejed coronas con las tristes ramas del funebre ciprés!!! El mas noble, el mas valiente, el mas amable de los hijos de Asturia cayó á impulsos de

Harrison se acercó al que aun ocupaba la tribuna y le dijo que al punto que habían llegado las cosas era preciso que bajase, á lo que contestó que no



una lanza enemiga. Su ilustre sangre enrojeció una tierra lejana y estangera. ¡Ah! niugun trofeo ornará su ignorado lucillo; la mano de ninguna hermosa depositará una corona de laurel sobre la humilde tumba del jóven caballero, que diera su vida en de ensa de la religion de sus padres y de la libertad de su patria, empero en el país de Peñayo, en el corazón de aquellos altivos montes señalados con la huella de mil héroes, mora en antiguo castillo una jóven, bella como el ensueño de un niño, para cual el aliento de un ángel que consagrará algunas lágrimas a la memoria de un amante siempre lle.)

III.

«Era la aurora de un bella día, cuando los esforzados escuadrones que componian el ejército castellano, marchaban envueltos en una nube de polvo á encontrar á los hijos de Ismael en las llamas de Alarcos. El pendon morado de Castilla descollaba entre los matizados penachos que engalanaban los yelmos de los caballeros apinados á su alrededor; bien así como el altivo ciprés entre los humildes arbustos de la selva. El belicoso rey Alfonso confiara su custodia en aquel día memorable al gallardo Fernando, el cual, por su parte empuñaba ufano aquella noble enseña, ante la que se humillaran tantas veces las vencidas medias lunas. Los magestuosos pliegues de la veneranda insignia que guiaba á la batalla á los hijos de Rui Diaz, iban á confundirse con los del blanco manto de Calatrava que cubria la armadura del animoso caballero que la conducia. El fuego pátrio que ardia en los valerosos pechos de aquellos ilustres guerreros, que marchaban al combate en pos del digno sucesor de Ataulfo auguraba la victoria.

IV.

«El roncó son de cien hélicas trumpetas, dá la señal del combate, mil y mil flechas hunden el aire á un tiempo, y cada una lleva en su acerada punta la muerte de un valiente. Victoria por Santiago y Alfonso VIII, gritaban las huestes de Castilla. Mahomá y Córdoba, era el grito de guerra de los moros. La larga espada toledana, se encuentra con el corvo alfanje damasquino, y su violento choque produce chispas de color siniestro, gran número de guerreros de ambos bandos muerden el polvo. Jamás se vieran tan altos hechos de armas como en la jornada de Alarcos. Empero era llegada la hora de las venganzas celestes y al Dios de los ejércitos no le plugo en aquel día tristemente rélebre, coronar el esfuerzo sobré-humano de los soldados de Castilla. Sucumbieron!! no al mayor valor sino al número inmenso de sus enemigos. Fernando fué uno, que después de señalarse con el esfuerzo que le hiciera tan celebrado en las batallas, cayó cubierto de heridas, semejante al pino de cien años impulsado de la implacable se-

gur del leñador y fue á dormir el sueño de los héroes. La última palabra que pronunciaron sus labios balbucientes, fué el nombre de su amada.»

V.

Los últimos acentos del hombre de la ciencia gaya no los percibiera Eladia. Un lastimero ¡ay! oyose de lo alto del adarve, tal como el triste grito de una ave nocturna. La tierna virgen no pudo soportar el peso del dolor, y cayó sobre la plataforma del torreón fria é insensible cual la piedra que la sustentaba. El que acababa de cantar la infanta muerte de Fernando no era otro que un su rival desdeñado, que disfrazado con el arpa de los trovadores, y usando no el lenguaje que le inspiraban sus celos, y sí el que hubiera hablado un amigo, quiso vengarse de los desdenes de Eladia refiriéndole la muerte de su fiel caballero. Empero este aun existía. Un jóven pastor recorria al otro día de la batalla, el campo cubierto de despojos y de sangre, y observó un guerrero que alentaba todavía. Lo arrastró á su humilde choza y sus tiernos cuidados le volvieron á la vida. El guerrero era Fernando.

VI.

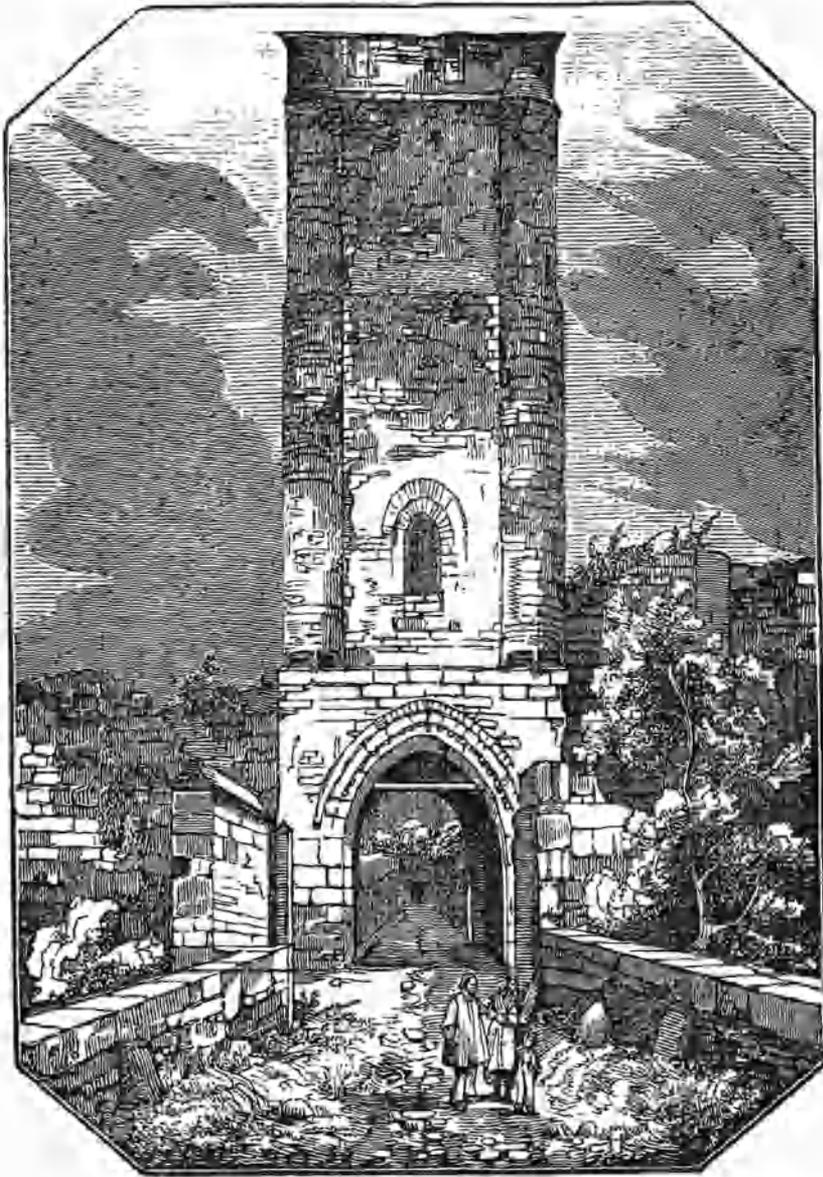
Habían pasado seis lunas. Era el fin de una apacible tarde de primavera. Los últimos rayos del sol ponientedoraban apenas las encumbradas cimas de los montes y las altas almenas de los torreones feudales, cuando un caballero en cuyo pecho lucia la roja cruz de Calatrava, se acercaba rápidamente á un antiguo monasterio. Su casco estaba abollado, no brillaba el oro en sus espuelas, y la armadura que vestia estaba embotecida con antiguas manchas de sangre. El color de su rostro era pálido y su aspecto el de la inquietud y la tristeza. Su fatigado corcel cayó á los umbrales del gótico convento. El caballero se arrojó con la velocidad de la flecha salida de la ballesta en lo interior del templo; bajo la magestuosa nave se veía un túmulo cubierto de rico paño mortuorio; rodeabanlo gran cantidad de blandones, su trémula llama iba á reflejar á los pintados vidrios de las angostas ventanas. Una jóven postrada sobre el pequeño mauseóló, acababa de morir para el mundo; sus bellos labios habian pronunciado el terrible juramento de consagrarse para siempre á los altares. La solemne ceremonia se habia ya consumado, empero aun retumbaba en la alta ojiva el eco de los cánticos sagrados ni se disiparon las nubes de incienso. Alzase en pie, apoyada por sus compañeras, la virgen que acababa de ceñir el negro velo de las esposas de Cristo. De repente un agudo grito, un grito horrible, cual el de la jóven madre que vé devorar por una fera el primer fruto de sus amores resonó en aquellas antiguas bóvedas. La doncella reparaba en aquel instante en el caballero que entraba en la iglesia santa, que por un impulso de desesperacion se arrojara sobre su espada. La

sangre que brotaba de su ancha herida teñia ya de púrpura las losas que formaban el envejecido pavimento.

EPILOGO.

Era el año de 1854. Habian pasado 638 años des-

de el suceso que nuestra desaliñada pluma acaba de describir. Ya desaparecieron aquellos nobles paladines que tantos días de gloria dieran á su patria. Las dulces arpas de los trovadores que celebraban sus hazañas habian enmudecido. Nada quedaba ya de la edad caballeresca, mas que algun recuerdo en un polvoroso cronicon ó un torreon



medio derruido que á despecho de las injurias del tiempo, alzaba aun su anciana faz mostrando alguna de sus ennegrecidas atalayas. Los jóvenes astures no iban ya á las fértiles comarcas de la bella Andalucía á combatir por el triunfo de la cruz. El grito de de la patria los llamaba á una guerra no me-

nos sagrada; á defender la libertad de sus conciudadanos en los encumbrados montes de Aragón y de Navarra.

Un joven doncel, recientemente agraciado con una bandera, marchaba á reunirse á las filas de los valientes. Su imaginación de diez y seis años forjaba las mas dulces ilusiones. Al mirarse el vistoso uniforme, que tal vez bien pronto mancharía con su sangre, su corazón latía de entusiasmo y de placer. No lejos del camino que seguía divisábanse unas ruinas. Todo lo romanesco place á una alma joven y exaltada. Echó pie á tierra y fué á examinarlas; era un monasterio abandonado. El gótico y piramidal campanario se veía aun en pie. La vedra, el musgo y la maleza cubrían por do quiera los restos de aquel sagrado edificio. La ojiva de la nave principal se habia desplomado, llevándose tras sí toda la techumbre; entre los escombros que cubrían el destrozado pavimento se alzaba una mole de piedra. Era un sepulcro. Con sorpresa observó el novel guerrero que los escudos que lo decoraban tenían esculpida la antigua divisa de su noble familia. No dudó yacía en él alguno de sus ilustres ascendientes. El túmulo estaba bien conservado; la destructora guadaña del tiempo habia respetado el asilo de la muerte. Sobre la cubierta del sarcófago habia dos estatuas alzadas; la una de un caballero completamente armado y una cruz floridísima al pecho; la otra era de muger, su traje el de las vírgenes consagradas á Dios. El guerrero tenía á sus pies un león, símbolo de la generosidad y el valor; la muger un lebril, emblema de la fidelidad. Una larga inscripción de caracteres góticos medio borrada explicaba la historia de los dos cadáveres que encerraba aquel lucillo. Poco resta que añadir á lo ya relatado. Cuando Fernando volvia á Asturias, algun tanto restablecido de sus peligrosas heridas, informado de la traición de su rival, lo retó quitándole la vida en el duelo. Voló en busca de Eladia que desesperada con la muerte de su amante, se encerrara en un monasterio, y llegó ya pronunciado el juramento por el que no podía ser suya. No estaba legible lo restante de la inscripción, en la que sin duda explicaria las circunstancias de la muerte de Eladia, y quien sería el que dispuso reposaran juntos en la muerte los que tanto se amaron en vida. El joven que contemplaba el antiguo monumento erigido á la memoria de aquellos malhadados amantes tenía tambien un corazón tierno nacido para amar. Era digno de haber vivido en los siglos felices de la caballería. Conmovióse su alma, y una lágrima cayó sobre la fría tumba que guardaba los restos de Fernando y Eladia.

NICOLÁS CASTOR DE CANUEDA.

SEPULTURAS ENTRE E LOS ANTICOS.

En todos los siglos como en todos los países, los pueblos han sepultado y escondido bajo tierra

tesoros, que generalmente han sido perdidos para los mismos depositarios, y que hoy lo son igualmente para nosotros. Entre las naciones civilizadas los templos han sido en todos tiempos donde se han acumulado las riquezas, y entre las naciones bárbaras y guerreras, los sepulcros. Que un jefe de los escitas, de los getas, ó de cualquier otro pueblo bárbaro, despues de haber durante algun tiempo, conducido á la victoria y á las conquistas sus hordas salvajes, y despues de haberles dado una religion y leyes, haya sabido dominar tanto su imaginación que al morir le hayan tenido por un dios, nada tiene de extraño, y la historia nos suministra muchos ejemplos, pero que un hombre haya fundado una religion puramente militar, con la que parece no haber tenido otro objeto que formar guerreros; que haya logrado hacerles considerar la muerte, y principalmente la muerte recibida en los combates, como un favor, como el tránsito á una vida mas feliz en un paraíso imaginario, donde entre las delicias de todo género, tendrían la dicha de batirse sin cesar, permaneciendo invulnerables é inmortales, y de beber el agua miel y la cerveza servidas por vírgenes; en fin que la esperanza de esta beatitud, haya exaltado su valor hasta la demencia y producido prodigios de audacia y de sangre fría: he aquí lo que aunque cierto, parece inconcebible.

Al acercarse el terrible trance de la muerte, ¿cuáles debían ser para un moribundo los resultados de estas ideas fanáticas? Poco esfuerzo se necesita hacer para adivinarlos. Obcecado en su creencia no podía menos de considerar como una mengua, entrar á pie y mezquinamente armado en la corte de su gran dios; para presentarse á él con alguna dignidad, necesitaba adornos de oro y plata, hermosas armas, caballos de mucho valor, ricos vestidos, un gran séquito de criados, de amigos ó de esclavos; en una palabra la magnificencia de los grandes, ó todo el aparato de un guerrero dispuesto á marchar al combate. Así que cuando moría se le enterraba con su arco, sus flechas, su vestido de guerra, sus mejores armas, y la mas preciosa porción de sus joyas y de sus riquezas y hasta sus mugeres, sus esclavos y su mejor caballo, á fin de que en su nueva mansion pudiese hallar una cabalgadura. Y cuenta, que si el mismo no habia tenido antes de morir el consuelo de dar estas disposiciones, era un deber sagrado para su familia y sus amigos. Todavía existen estas costumbres en algunos pueblos de la India; ¿quién ignora que de tiempo inmemorial ha sido costumbre en estos ricos países que al morir un jefe solicitasen sus mugeres el favor de ser quemadas con él, para acompañarle á la corte de Brahma?

Entre los germanos, los funerales eran sencillos, dice Tácito: toda la distinción que se concedía en ellos á los personajes ilustres era quemarlos con ciertas maderas, pero no se arrojaba en las hogueras ni vestidos, ni perfumes, sino las armas del difunto, y algunas veces su caballo.

Lo mismo sucedía entre los galos. Mont-faucon hace mención de un sepulcro descubierto en Cocherel (Normandía) formado de grandes piedras, y que contenía multitud de cuerpos quemados; al lado de cada uno de ellos había una hacha de piedra, con muchos de esos huesos puntiagudos que empleaban los salvajes para armar sus lanzas y sus flechas, y que probablemente servían á los galos para el mismo uso.

Así que los escandinavos, los germanos y los galos quemaban á sus muertos; pero, cosa inexplicable, los francos que habitaban en el seno de la Germania, que hablaban su lengua y que habían adoptado las costumbres de los germanos, diferían sobre este punto de sus compatriotas; pues enterraban los cadáveres enteros y con ellos algunos objetos mas ó menos preciosos. Cuando se hicieron dueños de la Galia, conservaron esta manera de enterrar que ya era la suya antes de la conquista. Al menos así parece demostrarlo un sepulcro descubierto en el siglo XVII, cerca de Tournais y que se asegura ser el de Childerico, padre de Clovis; no solamente no tenía el cadáver vestido alguno de fuego, sino que se hallaron á su lado varios objetos tales como una vaina de espada, y fragmentos de un tabali, que si hubieran pasado por las llamas, habrían quedado totalmente destruidos. Recojiéronse tambien en este sepulcro un vaso de ágata, mas de trescientas medallas de oro

ó de plata, muchas figuritas de oro, y girones de vestidos guarnecidos de piedras preciosas; en fin multitud de objetos de oro, cuyo uso sería difícil conocer y designar hoy. Por esta breve enumeracion puede venirse en conocimiento de las riquezas que contendrían los sepulcros de los reyes francos, y de las que podrían encerrar proporcionalmente los de los hombres mas ó menos ricos ó poderosos de la nacion.

Tambien se hallan muchos sepulcros en los desiertos del mediodia de la Siberia; los rusos, que multiplican en ella sus excavaciones, hallan continuamente tiras, ornamentos, puñales, ídolos y medallas de oro y plata.

La Italia nos ofrece tambien ejemplos de riquezas encerradas en los sepulcros, pero los destinados á las clases pobres solamente contenian utensilios de cobre ó hierro, ó de laton. Tal es la naturaleza del descubierto por Hamilton, cuyo grabado acompañamos, y el cual se hallaba á diez leguas de la antigua Capua, cerca de Trebbis; el esqueleto que contenía estaba tendido en medio del sepulcro; por encima de su cabeza se veian fijas en la pared seis varitas de hierro, movibles al rededor de un clavo que les servia de eje, como las varillas de un abanico; á la izquierda del cuerpo habia dos candelabros mohosos, dos espadas, una coladera de bronce, horadada con muchos agujeritos, un cuenco igualmente de bronce, dentro del



cual había un cacito con un largo mango enco-
vado por la punta, en fin muchos jarros y vasijas
de barro suspendidos de la pared ó colocados en
el suelo á los pies del cadáver. Estas vasijas no
pueden considerarse como vasos cinerarios, en pri-
mer lugar por que no se halló en el sepulcro mas
que un solo cadáver, y además porque estaban
descubiertos, mientras que todos los vasos cinera-
rios, tienen su tapadera.

LOS TARTAMUDOS.

Un tartamudo preguntó en muchos tiempos y
contando una por una las sílabas de las palabras,
las señas de una calle que andaba buscando. Se di-
rigió á un hombre que tenía el mismo defecto que
él, y que le dió las señas que pedía, tartamudeando
á la manera del que le preguntaba. Creyóse este
haber dado con un burlon que trataba de poner-
le en ridículo remedándole, y enfadado le dió las
quejas; pero el otro al contestar escusándose, lo
echó á perder mas, porque volvió á tartamudear
con mas ahínco. Esta repetición acabó con la pa-
ciencia del primer tartamudo, que viendo que
aquello ya pasaba de burla, se agarró al segundo
y empezó á darle de mogicones. Casualmente sobre-
vino otro tartamudo que pudo separar á los com-
batientes, mas al tratar de apaciguarlos, les habló
con una voz tan cortada y estropajosa, que á ellos
no les quedó duda ninguna de que el verdadero bur-
lon que trataba de divertirse á su costa, era aquel
nuevo tercero en discordia; de comun acuerdo se
precipitan sobre él, dándole tales repelones y pa-
ñetazos que no parecía sino que iban á hacerle
trizas.



Muy mal lo hubiera pasado, si algunas gentes
caritativas no hubieran servido de mediadoras es-
plirándoles su defecto comun. Entonces se les pasó
la cólera, se hicieron amigos y rieron de todas ve-
ras de su engaño.

REVISTA DE LA SEMANA.

No dejan de anunciarse en los periódicos no-
vedades teatrales, pero hasta ahora van dos sema-
nas de todo punto estériles. Tomás Moro tragedia

de Silvio Pellico, traducida por don Pedro Ma-
drazo, y representada en los teatros principales,
no ha gustado, y aqui puede decirse que concluye
el catálogo de funciones nuevas; pues el Circo, no
sale de la Beatriz, la Gisela, el Lago de las Hadas,
y el Nabuco; con cuyas cuatro funciones y dos no-
ches que se ha ejecutado la Favorita, ha cubierto
24 dias de abono, ó lo que es lo mismo, en menos
de un mes se han repetido siete veces cada fun-
cion. Gracias á la Guy-Stephan en las noches de
balle, principalmente en la Beatriz, las entradas son
regulares, pero en cambio á la ópera no vá un
alma y eso que hay medio teatro abonado. Si la
empresa del Circo no adopta pronto medidas para
presentar nuevos y buenos espectáculos, si la com-
pañía de ópera no hace mas que lo que hasta ahora
ha hecho, es imposible que este teatro conserve por
mucho tiempo el favor que el publico le dispensa.
El Circo cuenta con buenos elementos; tiene una
magnífica orquesta, un cuerpo de coristas como no
se ha oido nunca en Madrid, y una excelente com-
pañía de baile; con poco estuerzo puede hacer mu-
cho, y en ultimo resultado, mientras no tenga
bastantes y buenos espectáculos con que alternar,
le tendrá mas cuenta no dar funcion mas que tres
ó cuatro veces á la semana. El teatro de la grande
ópera de Paris, que con tantos y tan abundantes
recursos cuenta, no se abre mas que tres veces
por semana, ó cuatro á lo sumo. Le conviene al
Circo no olvidar que se trata de formar una com-
pañía de ópera para los otros teatros, y que ya se
habla de partes contratadas muy ventajosamente
conocidas del publico; esto lo declinamos en su in-
terés porque deseamos sinceramente que se sostenga
un teatro que hace honor á la capital, y que es
ya una necesidad de la época.

—El jueves se ejecutó en el Liceo la comedia del
Sr. Martínez de la Rosa, titulada *la Niña en casa* y
la madre en la máscara; es inútil decir que se eje-
cutó admirablemente como todo lo que se hace en
el Liceo. Esta comedia ha sufrido algun retraso
á causa de que en ella debía tomar parte el Señor
D. Ventura de la Vega, y no ha podido hacerlo antes
por la grave enfermedad de su señora, que feliz-
mente se halla ya completamente restablecida. Ma-
ñana debe tener lugar en los salones del mismo
Liceo un concierto que dá el célebre pianista Liszt,
que se halla en esta capital hace algunos dias.

AVISO IMPORTANTE.

Con el número de hoy repartimos el nuevo
prospecto ofrecido de la BIBLIOTECA POPULAR;
en él van detalladas las mejoras que vamos á
introducir en esta publicacion, las obras que
tenemos preparadas para dar á luz y el regalo
que distribuiremos por Navidad á los que son
suscritores desde el principio.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.